



REVISTA DE ARAGON

SEMANARIO DE CIENCIAS, LITERATURA Y ARTES.

PUNTOS DE SUSCRICION.

ZARAGOZA: En la Administracion, calle de San Félix, n.º 2, taller de encuadernacion; en La Bandera Española, Coso, 62, y en las librerías de la Sra. viuda de Heredia, Julian Sanz, Bederá, Francés, Osés y Menendez.—HUESCA: Librería de D. Jacobo Maria Perez.—TERUEL: Administracion de *El Turolense*.—MADRID: Librería de D. Mariano Murillo. Alcalá, 18.
—Se insertan anuncios á precios convencionales.

PRECIOS DE SUSCRICION.

	TRIMESTRE.	SEMESTRE.	AÑO.
En Zaragoza..	8 rs.	15 rs.	28 rs.
En Madrid y provincias..	10 »	18 »	32 »

Toda la correspondencia y reclamaciones se dirigirán al Director de la REVISTA DE ARAGON, D. Jalme I, 3, pral.
—No se devuelve ningun manuscrito.

SUMARIO.

- I.—*Crónica semanal*, por D. Juan Pedro Barcelona.
- II.—*Regalías de los Señores Reyes de Aragon.—Discurso jurídico, histórico y político por D. Melchor de Macanaz*, por D. Joaquin Arnau é Ibanez.
- III.—*Espronceda.—Su vida*, (continuacion), por D. Faustino Sancho y Gil.
- IV.—*Indiculis y Mandonio, naturales de Rivagorza* (conclusion), por D. Joaquin Manuel de Moner.
- V.—*Siete dias en Annam*, novela original (continuacion), por D. Baldomero Mediano y Ruiz.
- VI.—*La última batalla.—I.—La mujer fuerte. Leyenda*, por D. José Maria Matheu.
- VII.—*Comunicado.*
- VIII.—*Libros remitidos á esta Redaccion.*
- IX.—*Espectáculos, advertencias y anuncios* (en la cubierta).

CRÓNICA SEMANAL.

¡Contrastes que frecuentemente ofrecen la sociedad y la naturaleza! Mientras que aquella se apercebía para entregarse á las expansiones del Carnaval, mostrábase la segunda contrariada y con evidentes señales de disgusto.

Así se manifestó la semana en sus primeros dias como los niños que padecen algo de que no pueden darse cuenta; ya con tendencia á la alegría, simbolizada en un cielo azul con blancas nubecillas, ya con aires de incomodidad que se reflejaban en fuertes vientos, ya, finalmente, con el copioso lloro de la lluvia que durante varios dias ha caido sobre Zaragoza, poniendo sus calles como se ponen siempre que llueve.

He observado que á la manera de los niños, que una vez que han comenzado á hacer *pucheros* han de concluir necesariamente por llorar, cuando el tiempo se manifiesta vario y de mal cariz concluye por llover. Existe, sin embargo, entre los niños y el tiempo la diferencia de que mientras el llanto de los *pequeñuelos* á nadie daña, el

agua que las nubes vierten, si puede ser germen fecundo de terrenales bienes, es á veces causa de graves daños.



Y esto nos trae como de la mano á hablar de la última avenida del Ebro. La frecuencia de ellas hace que en cierto modo las hayamos admitido ya como cosa corriente sin que muchos se preocupen siquiera de sus efectos. La que estos dias hemos presenciado todos, no ha causado, afortunadamente, daño ninguno en las personas.



¿Qué importan los contratiempos á las voluntades enérgicas ni qué puede impedir la alegría á quien está dispuesto á procurársela? Habia baile de niños en el gran teatro de Pignatelli, y aunque llovía y ventaba, en aquel elegante coliseo se dió cita—ó se encontró sin dársela—lo más escogido de la poblacion zaragozana.

Reunid en vuestras memorias todas las hermosas y elegantes mujeres que deslumbran nuestros ojos en teatros y paseos, y agregad á ellas un crecido número de las que no se exhiben; aumentad despues todos los Adanes que veis á todas horas y en todas partes, amen de muchisimos que no vereis con tanta frecuencia, y tendreis una idea de cómo estaria el baile de niños.

Por supuesto, que ni las criaturas podian entregarse á la danza ni los adultos dar un paso entre la apretada concurrencia. Pero mientras los jóvenes contemplábamos los encantos de las bellas idem, papás y mamás disfrutaban goces inefables, contemplando sus *bebés* caprichosamente y con exquisito gusto vestidos.

Y estoy seguro de que si al salir hubieran preguntado á todos los padres cuál era el

niño mejor presentado en aquella fiesta infantil todos hubieran dicho: —¡El mio!

* * *

Existe un gigante muy pequeño. Yo no voy á retratarle: hicieronlo ántes que yo muchos, y entre ellos perfectamente, en cuatro rasgos de su bien cortada pluma, mi amigo queridísimo y nuestro paisano y colaborador Joaquin Arnau. Ese gigante de ánima es el autor de «La última lamentacion de lord Byron.» Oyendo su última producción, en la lectura con que se inauguraron en el teatro Principal los espectáculos de éste género, el público zaragozano sintió con el gran poeta inglés las amarguras del hastío, con él apostrofó la tiranía, y cantó con él las glorias de la antigua y libre Grecia para llorar el desconsuelo de la Grecia esclava. ¡Privilegio envidiable del génio, el de hacer sentir con él á tantas y tan diversas almas convirtiéndolas por un momento en una sola!

* * *

Las sociedades zaragozanas dieron comienzo á los bailes para esta época anunciados. Los del *Casino* y el *Casino-liceo* el jueves, y el *Centro Mercantil* el sábado son los que puedo incluir en las líneas de la Crónica. Quédame por registrar la continuación, y para el próximo número dejo el ocuparme de ellos más detenidamente. Pero, ¿quién puede dar cuenta de las amorosas miradas, de las amantes palpitaciones, de los lánguidos suspiros, y de las dulces confidencias promovidas con ocasion del baile? ¿Quién es capaz de expresar toda la poesía que encierra ese girar de las cabezas arrastradas por los piés, y presentar en tan reducido escenario las comedias, dramas y aun tragedias que se desarrollan en tantos y tantos corazones palpitando al unisono?...

* * *

El viernes por la tarde discutian varios *baturros* sobre el poema de Campoamor «Cómo viene la muerte», cuya lectura en el Teatro se anunciaba para aquella noche.

—No *sus cansis* en pensar—dijo uno.— Cada cual se muere *sigun* lo que es.

—Entónces ya sé de qué morirás tú,— repuso otro.

—¿De qué?

—De bruto.

Renuncio á decir que la respuesta fué tambien una brutalidad puesta en accion sobre la cara del que tan seca afirmacion hiciera.

JUAN PEDRO BARCELONA.

REGALÍAS DE LOS SEÑORES REYES DE ARAGON.

DISCURSO JURÍDICO HISTÓRICO Y POLÍTICO

por

DON MELCHOR DE MACANAZ.

Nuestro jóven y buen amigo el Sr. D. Emilio Reus Bahamonde, ventajosamente conocido en la república de las Letras de ántes ya de haber dado feliz cima á sus estudios universitarios, ha acometido recientemente una de las empresas de que más habia menester en nuestra patria el cultivo de un órden de estudios superior é interesante. Calculando que aun á pesar de trabajos emprendidos en varias épocas sobre materias de derecho, faltábanos una biblioteca verdaderamente nacional, donde con esfuerzo y criterio patrios se dilucidaran aquellas altas cuestiones que toman de dia en dia gran vuelo al arrimo de la indagacion filosófica y por el creciente empuje de los más serios y arduos estudios jurídicos, concibió en el mejor instante de una buena hora la idea de atacar de lleno tal propósito, y sin dar paz al deseo ni treguas de inaccion á su animosa voluntad, puso mano y pensamiento en la obra, con tan probada diligencia, que en breve curso fué aquella idea tomando los trazos y contornos de un plan ordenado y háse encarnado ya al presente en la realidad de los hechos.

«La Biblioteca jurídica de Autores españoles» fundada por D. José Reus y Garcia, Director y propietario de la Revista de Legislacion y Jurisprudencia, publicacion que excede en crédito dentro de nuestro país á todas sus congéneres, pero en rigor de verdad promovida é impulsada con entusiasmo por su referido hijo, muy jóven, aunque adolescente de provecho que deja adivinar á cuantos conocemos sus dotes un porvenir lisonjero por su talento y laboriosidad singulares, ha dado ya á luz su primer tomo y no tardará muchos dias en retirar de tórculos la segunda obra—de antigua composicion peroinédita la primera y trazada por mano del ilustre Macanaz; estudio el segundo de jóven y eminente jurisconsulto de nuestros dias, el señor D. Gumersindo de Azcárate.

Titúlase aquella «Regalías de las señores Reyes de Aragón, discurso jurídico, histórico y político;» y me parece que basta desde luego este solo prospecto epigráfico para que resalten de todo bulto dos muy lógicas extremidades: que nada tan propio, aun aparte su arcaico sabor y mera importancia histórica, como tratar este punto de nuestros asendreados fueros en una Revista, la única de su especie, que vé la luz en la capital del glorioso reino mencionado; nada tampoco de pareja ni ménos propio ni más aventurado, que el que sea el autor de esas líneas, confeso de incompetencia, quien aborde el examen de un tal libro, quien se atenga á los, por de moda y usanza corriente, muy socorridos términos, caracteres y tonos de *re bibliographica*.

A ello, sin embargo, nos obliga una promesa amistosa, derivada irreflexivamente de la primera impresion que la lectura del Discurso de Macanaz produjo en nuestro ánimo; y pues en el escaso vagar de tareas frecuentes no ha de sernos muy fácil cumplir con el Director de esa REVISTA, en escrito ligeramente meditado sobre asunto libremente elegido, una palabra empe-

ñada, vaya por delante este articulejo, que trazamos al volar de la pluma; y perdonen tamaño osadía cuantos conocen á fondo lo que ni por la superficie hemos nosotros delineado en el accidentado rumbo de otras muy distintas aficiones.

Fué el ilustre D. Melchor Rafael Macanaz uno de esos grandes caracteres que parecen destinados á cruzar los siglos por entre adversidades multiplicadas y rudas contradicciones. Efimero en valimiento, fué en cambio prolongada su desgracia. De los noventa y un años que alcanzó su trabajada existencia, 16 Febrero de 1670—2 Noviembre de 1760, treinta y cuatro los pasó en el destierro y doce en prision cruelísima. Ningun ministro de Felipe V, pudo, sin embargo, blasonar con justicia de más firme adhesión á los intereses de la nueva dinastía, que sirvió con talento en la fortuna y hubo de defender con intachable fidelidad en la desgracia. Su realismo incondicionalmente regalista minó de sus primeros arrojos la base y explica todas sus largas desventuras. Como el misterioso personaje de la máscara de hierro, sufrió año tras año las más sombrías maquinaciones; borró á aquel de la crónica de los vivos con nombre, el odio sin nombre de Luis XIV. profundo, satánico, terrible; apartó uno tras otro lustro de su patria amada al insigne hijo de Hellin, un edicto de la Inquisición, fiero, implacable, tremendo.

Parece imposible que ni un momento desmayara Macanaz en la lucha tan brazo á brazo renida con todo y contra todos á favor de la soberanía real integérrima. Es empero certísimo que jamás declinó su entereza de convicciones ni en retractaciones cobardes ni en abatimientos femeniles. Y para colmo de su desgracia, ni al triunfo mayor pudo asistir de sus tenaces opiniones y doctrinas; apenas restituido á su libertad, el día mismo que la recobraba tambien Ensenada, murió D. Melchor en su pueblo natal, precisamente cuando alboreaba la más atrevida secularización del Estado bajo el cetro del rey D. Carlos III, cetro que Macanaz vió transmitirse á cinco manos y tres de cuyos reinados completos pasó luchando en trances de toda prueba contra cuanto menoscabara en un ápice la eminentísima autoridad de los monarcas.

No es nuestro ánimo presentar aquí sumariamente la biografía del por tantos conceptos memorable Intendente general de Aragon, aunque á fé que no holgara, habida cuenta de los errores, prevenciones y aspectos falsos bajo que aún hoy mismo se le considera y juzga. Pero como á redactar la obra que hoy da á luz la casa del señor Reus, impulsáronle algunos sucesos en cuyo desarrollo cúpole no escasa parte, fuerza será que á trechos, y en el desórden que la falta de reflexion y método tiene que producir en estas líneas, afecte el presente artículo cierto carácter biográfico.

Corria el año de 1704, cuando de regreso el rey Felipe de la campaña de Portugal, á donde Macanaz le siguiera, confirió á éste el cargo de su secretario, con cuyo carácter le envió al lado del conde de San Estéban de Gormaz, «para que le asistiese en el cargo que iba á desempeñar de Virey de Aragon», segun él mismo cuenta en la autobiografía que escribió en francés y que desde Paris remitió en 1739 al Sr. D. Andrés Gonzalez de Barcia, celoso editor de los *Historiadores primitivos de Indias* y autor del *Ensayo*

cronológico para la historia de la Florida, la cual, destinada á ver la luz en la continuacion de la *Biblioteca Hispana Vetus* de D. Nicolás Antonio, ha permanecido inédita, por fracaso de aquel intento benemérito, hasta que el Ilmo. Sr. don Joaquín Maldonado Macanaz lo incluyó, juntamente con aquellos datos bibliográficos, en el interesante y bien escrito prólogo del libro que nos ocupa. Si con ocasion de este viaje político no acrecieron en un ápice las repugnancias de Macanaz hácia toda suerte de reminiscencias formales, pues es de suponer que ya por entónces habíase robustecido en su pensamiento la idea exaltada que acerca de la autoridad real profesó de por vida, bien puede no obstante decirse que se avivaron poderosamente en su ánimo los deseos de soterrar en cuajo y de una vez los fueros aragoneses. El día de Inocentes de 1705 fué rudamente atacada por el pueblo zaragozano una division del mariscal de Tessé, que dejó algunas calles de la ciudad sembradas de cadáveres, corriendo graves riesgos personales el mariscal susodicho y sus colegas en generalato D' Asfeld y Legal, cuya salvacion, asi como la del resto del regimiento francés de granaderos de la Corona, que quedó materialmente destrozado, procuró Macanaz con noble celo y muchos aprietos; sucedo que juzga el asesor del Virey con bastante parcialidad y alguna exajeracion, al decir que «la víspera y el día de Inocentes se vió en Zaragoza el estrago más cruel y bárbaro que las naciones han visto, dando sus vecinos muerte á las tropas del Rey sin que éstas se resistiesen, ni que ellos y los demás rebelados tuviesen otro motivo que el de decir que ni las tropas debian ser alojadas ni dárseles bagajes...» (1)

Aquella primera sedicion, á un tiempo enardeció los sentimientos absolutistas de Macanaz é hizo ver algo claro sobre la equívoca fidelidad del antiguo reino hácia la nueva dinastía, sobre todo cuando la ciudad, sin embargo de haber ofrecido al rey Felipe V castigar con la horca á los autores del motin, por el privilegio de la veintena, arrasando sus moradas para sembrarlas de sal, con otras promesas igualmente terribles, ni apretó la mano á los sediciosos principales ni se afincó un punto en la actitud de lealtad que Macanaz pretendia, tras de cuyas lenidad y apartamiento vino por fin la franca hostilidad á los Borbones con la proclamacion del Archiduque, celebrada el 29 de Junio del siguiente año de 1706 con la solemnidad ceremoniosa y teatral del caso.

JOAQUIN ARNAU É IBAÑEZ.

(Se continuará.)

ESPRONCEDA.

SU VIDA.

(Continuacion).

Todos conoceis el retrato de Espronceda: nunca lo habeis mirado sin sentirnos triste, con la tristeza inexplicable que se apodera del ánimo de los que pasan por delante de la imágen de Rafael niño, que conserva una de las galerías de

(1) Regalias de los señores Reyes de Aragon, Disc. jurídico, etc. C. VI, p. 411.

la Ciudad Santa.... Aquella su apostura gallarda; el gesto natural de su varonil persona; la preciosa bóveda de su cabeza, puede desafiar la comparacion con la de un Apolo de Fidiás; su descubierta y noble frente; el gentil arco de sus cejas; la poesía de sus brillantes ojos árabes; la línea muy bella de sus labios modelados para el cántico y vibrantes de pasión; el perfil correcto de la nariz; el rostro, reflejando el génio, con embelesadora melancolía, pálido, pero de esa palidez morena, que tan primorosos tonos adquiere, entre el ébano de graciosísima barba y el azabache de cabellos rizados con ideal sentimentalismo; sus facciones tristes, tristes con una tristeza profunda, cuyo resplandor hace visible los fieros caracteres del alma buena, sencilla é infantil de aquella figura tierna y artística, que tiene algunos rasgos de Rafael y Mozart, de A. Chenier y de Byron; todo su ser, toda su persona revelan que, cuerpo tan perfecto, hallábase engarzado á una alma, llena de inmortales esencias. Y en efecto, el artista de los orbes habia colocado gran parte de sus tesoros, en aquel colosal entendimiento que era un Vesubio moral, donde se hallaban mezclados el fuego, el humo, la luz, la ardiente lava, y en aquel corazón extraordinario, impresionable, amantísimo, entusiasta, á pesar de las amarguras que lo pretrificaban en instantes de dolor,—inconsolable abismo de una catarata ignea maravillosísima.

Cuántas emociones debemos á Espronceda! Consideremos su interesante vida, pasando con cierta celeridad sobre los sucesos que la forman; toda vez que no me propongo hacer una biografía documental del gran poeta, que heredó cuerdas de la lira de Pindaro, milagrosamente salvadas por una musa de los naufragios de la historia.

Señores: La raza de Espronceda, es la raza sintética, que tiene á un mismo tiempo, cualidades del semita, del indo-europeo, del germano, del latino, la raza que cuenta entre sus envidiables trofeos, el pincel de Velazquez, la lira de Calderon, el Romancero y la Iliada de 1808, escrita con caracteres de sangre, en los muros sacrosantos de Zaragoza y de Gerona, en las colinas del Brucht, y en la épica llanura de Bailen: su patria, la feraz provincia donde nacieron Hernan Cortés, Pizarro y Paredes, Zurbarán y Morales, el Brocense y Arias Montano, Juan de la Encina, el Marqués de Valdegamas y Quintana: la época de su nacimiento, la de nuestra guerra de la Independencia; el techo bajo el cual vieron sus ojos la luz por vez primera, el de una de esas familias virtuosas, sobre el pedestal de cuyos lares hay el escudo de nobleza que sólo Dios puede dar y dá á la honradez, á las familias que si no tienen pergaminos, viven immaculadas entre el fango de la realidad impura, porque resplandecen en ellas elevacion de ideas y sencillez en los sentimientos. Nacer de familia buena y honrada, es la primera de las bendiciones del destino. El niño nace predestinado á la casa en que recibe la vida. Las impresiones que recuerda, son las que constituyen esencialmente su alma... Ha escrito bien Lamartine! Hogar de tradiciones virtuosas, donde únicamente reciba asilo lo bueno, donde haya una sola ara y en ella sea adorada, la imájen de la santa y amorosísima unidad de los seres, revelada por el corto número de los que se sostienen entre sí y percibida por el sentimiento; hogar donde no haya seres enervados por las complacencias de

la debilidad, ni seres abandonados sin freno, á los caprichos y antojos infantiles; hogar que sea centro benéfico y saludable de la plenitud de la vida, albergue de piadosos goces, escuela que eduque, enseñando á amar y á ser amado, taller de niños dichosos, de espíritus rectos y de almas apasionadas, es decir, de criaturas del cielo; hogar donde las riendas de los corazones infantiles estén en el corazón de los padres y se respire y se produzca benevolencia, y los sentimientos se desarrollen naturalmente y tenga resonancias la voz de la Providencia, y sea la religion un goce, y la fé una plática con lo invisible, y palpiten constantes bendiciones y entusiasmos á las sabidurías eternas; hogar en el que á todas las virtudes adorne el carácter de la ternura; hogar cuyo altar familiar sea las rodillas de una madre y esta tenga por único pensamiento el abrir á su hijo los caminos de la vida, ayudándose de las revelaciones de su corazón trasfigurado, se ocupe solamente en la crianza, en la cultura, en la educación de su hijo, en rodearle de juegos y juguetes para que el niño satisfaga las instintivas necesidades de análisis congénitas al espíritu humano, en entregarle á la vida física para que sea digno morador del Universo, en enseñarle á querer, á orar, á ser caritativo, á ser artista, á ser poeta, á ser humano, en pulir su cuerpo é iluminar su alma; hogar, en que el padre cumpla el deber que tiene de crear un creador, de hacerle fuerte y trabajador, en educarle para las luchas de la vida; hogar, en fin, donde á todos sus individuos les parezca Dios uno de sus amigos, es el único artífice que sabe anular un alma entera, una alma completa, de sentimiento y de idea, de amor y de combate, de poesía y de realidad, de familia y de sociedad, para el hogar, para el taller, para el comicio, para el mundo, alma múltiple, vária, infinita, como la necesitan para ser felices en sí mismos, útiles á sus semejantes y bienhechores para el mundo, todos, todos los hombres.

—Ya conocéis la familia de Espronceda! —La provincia que tuvo á nuestro vate en las fuentes bautismales, se llama Extremadura; y debe tamaña gloria á un capricho del acaso. El padre del autor del *Diablo Mundo*, oficial de caballería de nuestros ejércitos, hallábase defendiendo la independencia de la patria en las llanuras extremeñas: acompañábale su esposa, y en cinta,—yo no sé si para decir á la orgullosa águila imperial, que en esta tierra de España nacen cada dia un Cid y una Jimena,—y en una de las continuas marchas de la tropa, allá en 1810,—en el mes de las mariposas y de las flores—detuviéronla los dolores de parto en Almodralejo, donde dió á luz un niño soñador, melancólico, extraordinario. Los hombres de las edades de proscripción ó de guerra, comunican al dar vida á otros seres, sabor de amargura y de tristeza.

En las agitaciones y sangrientas discordias de la República, creáronse los que imprimieron el génio de Roma, su carácter de languidez y de grave melancolía. Si, en ellas nacieron el gracioso, el sencillo, el amable Tibulo, príncipe de los poetas elegiacos, que vivió para agradecer á Mesala sus mercedes, para repartir su ternura entre su pequeña quinta de recreo y la hermosa companera de su vida; Horacio, el más grande entre los líricos, el intérprete más feliz de las costumbres y del corazón de su tiempo, el vate más amargo y triste que la humanidad cuenta en sus anales; aquel labrador divino que, con

dulzura nunca vista, hizo sonar la caña pastoril en las campiñas de Mántua, y que en el palacio de Augusto grabó la idea propia de los destinos de Roma, en sublimes exámetros, cuyo asunto es la fundación de la unidad y raza latinas por el hijo de Anquises, y su fin la asociación humana, mediante esa raza; y Ciceron, el elocuentísimo por excelencia, después del Homero sublime de la filosofía, que al borde de la fuente-cilla del Iliso recogió el anillo de flores que sirviese para las nupcias celebradas entre el espíritu y la naturaleza, la naturaleza y Dios.

Las agrías lágrimas, que mezclándose con el néctar de vida en los pechos de la mujer de Francia, durante los aciagos días, en que allende el Pirineo, se levantaba el altar de la justicia y del derecho, en el centro de un bosque de cadalsos, comunicaron al genio francés tristeza tan visible en los tímidos versos de Alfredo Musset, como en las melodías del gran vate de Macon, cuya hermosura tiene por lo perfecta algo del Perseo de Cellini, y por lo mística algo de los ángeles de Giotto, y por su expresión de gracia celestial algo de los niños del Corregio... del gran vate de Macon, que da nombre á una de las honras más puras de la humanidad y que ya me parece el San Juan Evangelista del nuevo arte, ya el querubín del espiritualismo, que con su viola de oro despierta á los seres brutalmente dormidos sobre el tálamo asqueroso de la materia; ya los sonos de su lira me recuerdan los de la dulcísima arpa, siempre llorosa, que cantó á Cimodicea y la voz de ideas panteísticas inspirada por los caldeados horizontes de reveladores desiertos, ya los ecos de creadora virtud de la oda griega; ya en mis oídos producen, como un rumor de besos, al sepulcro de Cristo resucitado en las instituciones libres, vivo en la hostia consagrada de las ideas sociales con que comulgan las democracias emancipadas, dado por labios que confiesen la unidad fundamental del derecho porque hayan aprendido la unidad de espíritu, en el sitio donde se les revelase la de Dios; á Moisés y á Mahoma; ora se presenta á sus ojos como el sacerdote encargado de encender el amor á la libertad, en el humano corazón, ora como el cantor de divinas elegías sobre la tumba de lo antiguo, y como el Sumo Pontífice del idealismo, de ese idealismo que tanto me embelesa en los versos osiánicos en las profecías del amorador de Beatrice, en las amorosísimas estrofas de Leopardi, en los majestuosos despojos de Fidias, en los crepúsculos matutinos de Leonardo de Vinci, en los armoniosos cuadros del pintor predilecto de Cristo, del más querido del Niño-Dios, que enamorado de María y nacido de un beso del númen de la perfecta serenidad celeste, trazó vírgenes que la mano de rosa de un ángel ha pasado de la tabla al lienzo de la conciencia, para que allí sean la efigie del Renacimiento, el crisol que funda en uno el zafir del cielo helénico y el zafir del cielo cristiano, el tratado de paz, firmado por todos los tiempos, el epitafio del enlace de la idea y la forma, la eterna fisonomía de la hermosura y del arte.

FAUSTINO SANCHO Y GIL

(Se continuará.)

INDIVILIS Y MANDONIO NATURALES DE RIVAGORZA.

(Conclusion.)

Los héroes de que en este trabajo nos ocupamos, sus hazañas y su muerte, que presentan una etapa importante en el curso de la historia de la independencia de España en la época romana, no contradicen, antes bien comprueban la existencia de la república Bergidum, formada con el territorio de Rivagorza, ya que ni Tito Livio ni los demás historiadores que tratan de ello creen que á consecuencia de la derrota de los nuestros las montañas de Rivagorza fuesen reducidas á provincia romana. Los romanos se contentaron con dominar moralmente al país sin declararlo parte integrante de la república romana, de modo que allí no tuvieron empleados ni dignatarios romanos. Así dice Tito Livio en su libro 29, cap. II, relativamente á los resultados de la guerra de Indivil y Mandonio, que los pueblos españoles, es decir, tanto Rivagorza como los demás territorios, recobraron su tranquilidad perdida ó volvieron á la situación en que antes se hallaban, sin más condiciones que el pago de sueldo doble, seis meses de abasto al ejército romano, y el vestuario, bajo garantías de personas entregadas por rehenes de treinta pueblos. *Hispani populis reddita pax: stipendium ejus anni duplex, et frumentum sex mensium imperatum, sagaque et toga exercitus: et obsides á tringinta fere populis accepti.*

Y no podía ser de otro modo si se atiende á la política de los romanos que consiste en lo que dice Virgilio en su Eneida, en *parcere subjectis et debellare superbis*, esto es, en tratar con benignidad á los que se sometían, y con dureza á los que se rebelaban.

Indivil y Mandonio, por fin, no pudieron menos de ser del territorio que comprende hoy Rivagorza, si se tiene presente que todos los jefes sustentadores de la independencia nacional eran procedentes de las montañas, si se atiende á que los principales montes de los ilergetes eran y son los Pirineos de Rivagoza. Es, pues, un título de gloria para esta, el haber sido cuna de hombres tan esforzados y tan buenos patriotas; gloria que no pueden disputarle ni los lactanos ni los ausetanos como quiere algun escritor, ni los catalanes como dicen todos los historiadores de Cataluña. Mas estos no se equivocan del todo al afirmar que estos héroes eran de su país, porque teniendo Cataluña y Rivagorza un mismo origen en el tiempo de la reconquista, porque ambos países fueron recuperados con el auxilio de Ludovico Pio, fué considerado por ellos Rivagorza como país catalán, incurriéndose en todos los siglos en el error de atribuirle esta calidad, á causa de la proximidad y de hablarse aquí un catalán misticado.

Los hermanos Indivil y Mandonio debieron ser ilustrados, á juzgar no solo por su estrategia militar, sino porque los romanos no les califican de bárbaros como á los jefes de los demás pueblos. Siendo así Rivagorza debería tener escritos sus nombres en alguna de sus localidades, ó evocar de otro modo sus recuerdos.

No se diga que Indivil y Mandonio como contrarios á Roma fueron aliados de los cartagineses, porque si bien es verdad que atacaron á los romanos al mismo tiempo que éstos, cada uno

lo hizo de su propia cuenta. De parte de Cartago mediaba el espíritu de dominación y consiguiente rivalidad á Roma; de parte de los ilergetes un antagonismo conservador de la patria. Ni tampoco los cartagineses ayudaron en ninguno de sus combates á los nuestros, por más que les ofreciesen eficaz auxilio. Así se explica por qué respetaron sus enemigos romanos su independencia, como también el que el país no les fuese tan antipático como á los cartagineses.

La época de nuestros guerreros se prestaba á estas hazañas y resultados. Era el siglo II antes de la venida de Jesucristo en que el pueblo romano, cumpliendo su misión providencial de preparar al mundo para la venida del Salvador, obtenía por medio de las diferentes guerras la paz tan deseada de las gentes; era la proximidad de la misma venida la que demandaba el advenimiento de un sosiego universal. Y como la Hispania era la menos asimilable, ya á causa de sus costumbres, ya por razón de su apego á las tradiciones, fué preciso conquistarla como nos dice la Escritura Santa con seguridad ó cautela, y perseverancia *patientia et silentio*. Por esta falta de asimilación ó heterogeneidad, se cree que no solo fueron los que primero declararon la guerra los ilergetes, sino que se distinguieron en ella los de Rivagorza, y que pertenecieron á ella los mismos jefes como de un país más antitético á Roma.

Con respecto al lugar donde fueron sepultados se ignora, aunque cuando es de suponer que lo fueran en su país. Como quiera que sea, cuando soplan las auras mugidoras de las montañas de Rivagorza, cuando sus mágicos vapores vienen á indicar toda la extensión de este histórico país, parece que se elevan impertérritas sobre sus empinadas cumbres las nobles figuras de Indivil y Mandonio; parece ó bien que las tropas cambiando sus formas en nubes presentan masas regulares, compactas, ó bien que convertidos aquellos héroes en elevados riscos, desafían á todo el poder de sus enemigos; parece que las aguas que borbotan á sus pies son el murmurio de los vencidos y el desden de los vencedores, ó mejor, la única voz de los siglos creada por Dios para perpetrar su memoria. ¡O viejo Pirineo! un tiempo monte sagrado, testigo de tantas escenas meteorológicas y sociales! Dime donde están los sepulcros de estos antepasados nuestros; sí, nuestros en dichas, desgracias é infortunios patrios, dime si su gloria os conquistó para mausoleo, ó si depositarios de su tumba sois á un tiempo mismo guardadores de sus cenizas y de nuestra patria! En cambio os diré, sin temor de ser desmentido, que de vosotros salieron los soldados que ellos convirtieron en otros tantos héroes; que de vuestras entrañas se sacó el hierro, fiel compañero de sus combates; que vosotros les disteis todo el ardor de sus empresas, todo el aliento de sus triunfos; que vosotros, en fin, fuisteis los tipos, modelos y ejemplares de patriotismo, motivo de las grandes imitaciones de los siglos posteriores y de los venideros.

JOAQUIN MANUEL DE MONER.

SIETE DIAS EN ANNAM.

NOVELA ORIGINAL.

PRÓLOGO.

A ORILLAS DEL GANGES.

CAPÍTULO I.

UN ESPAÑOL EN LA INDIA.

(Continuacion.)

El formidable reptil se dirigía al kiosko, interrumpiendo á veces su marcha para enderezar la parte superior de su cuerpo, balancear su triangular cabeza como orientándose en su camino, y proseguir luego hácia adelante... No distaba ya más que unas dos varas de la indolente hermosura que, agena al peligro que corría, saboreaba el té que sobre un velador de concha acababa de servirle una esclava negra como el ébano...

Sin casi tener conciencia de lo que hacía salté la débil verja de madera que del jardincillo me separaba y corri hácia el kiosko... Oyome la cobra-capella y sintiéndose perseguida se volvió hácia mí... El peligro me devolvió toda la presencia de espíritu arrancándome á aquella fascinación, y aprovechándome del momento en que el reptil se erguía sobre su cola para lanzarse contra mí, le asesté un vigoroso golpe con la varilla de palo de hierro que me servía de baston.

Cayó á un lado la serpiente con los riñones partidos y mientras la miraba agitarse en las últimas convulsiones de la muerte, oí un penetrante grito...

Era la hermosa india que se habia apercebido de mi presencia... Entonces le referí en inglés la causa que habia motivado mi brusca irrupción en aquel paraiso de que ella era la inocente Eva, puesto que ya no existía la serpiente...

Comprendia algun tanto el inglés y además la cobra-capella muerta me justificaba por completo; así es que con una sonrisa que los ángeles envidiarían, si por acaso acostumbraran á sonreír, me dió las gracias y me invitó á pasar al kiosko donde compartí con ella el aromático té que nos sirvió de nuevo la esclava...

Pregúntome mi nombre, hizome referirle algunas de mis aventuras á que prestó la misma atención que un cándido niño prestaría á un cuento de hadas y que sucesivamente la hicieron temblar y sonreír... Luego me refirió á su vez que su padre era un opulento annamita que habia ido á Benares muy joven y que se habia enriquecido con el comercio de piedras preciosas, que ella se llamaba Rhadhah, y que amaría como á un hermano á su libertador europeo.—Y si eso no me bastase?—Te amaré como tú lo deseas!—añadió con acento vibrante de pasión y ternura.

Perdóname, querido Rafael, si no doy á esta carta toda la extensión que necesitaría para referirte los sucesos posteriores á esta escena. Acabo de saber que el sér que habia logrado hacerme olvidar mi triste pasado, y hasta nuestra patria, la que con su amor brindaba á mi alma un oasis de ventura y felicidad, vá á serme arreba-

tada... Su padre para sustraerla à mi amor ha decidido regresar à la mezquina y lejana aldea de que es natural.

Bien comprenderàs que el que en pos de sus ilusiones y delirios ha recorrido todo el mundo no dudará en atravesar 300 ó 400 leguas en seguimiento de su adorada... Empieza pues, de nuevo, mi vida errante y aventurera, más ahora à lo ménos podré orientarme à la luz de esas dos refulgantes estrellas que se llaman el amor y la esperanza!...

Tuyo siempre

JAIMÉ DE ALBA.

CAPÍTULO II.

Drama nocturno.

La carta con que inauguramos nuestra verídica narracion exige un brevisimo comentario.

Escrita à un amigo íntimo, su autor retrataba con la más fiel exactitud el intranquilo estado de su alma, las violentas pasiones que agitaban su espíritu y los quiméricos delirios que hasta entonces habian perturbado la calma de su existencia.

Jaime de Alba, como él mismo decía, era un soñador que pretendia realizar lo imposible, que aspiraba siempre à lo desconocido y que se dejaba llevar por el noble anhelo que domina à los séres de facultades no gastadas en la tremenda lucha social, de hallar una manifestacion viva y armónica del sublime ideal que han presentado.

Herederio de un nombre ilustre y de una opulenta familia, nacido en una de las más bellas capitales de España y dotado de relevantes prendas personales, la vida debia ser para él un himno de amor y ventura, una senda cubierta de flores, mas la fatalidad no lo permitió así.

A consecuencia de un trágico episodio que fué para todos un oscuro misterio, y para distraer la profunda tristeza de que se veia dominado emprendió una vida errante y llena de las más fuertes emociones, hasta que agotada su pingüe fortuna y fatigado su espíritu de la desecha tempestad en que flotaba, halló en Benares un breve intervalo de sosiego y una corta tregua à los funestos recuerdos que le asediaban.

Más de allí à poco el novelesco encuentro que tuvo con la jóven india, así como la enloquecedora hermosura de ésta le impresionaron vivamente. Su natural exaltacion hizo lo demás, y Rhadah llegó à inspirarle un amor tan vehementemente que, à impulso suyo, olvidó por completo todos los dolores que habian amargado su existencia y concibió la risueña esperanza de que la felicidad podria dejar de ser un fruto vedado para él.

BALDOMERO MEDIANO Y RUIZ.

(Se continuará.)

LA ÚLTIMA BATALLA.

Ecco apparir Jerusalem si vede,
ecco additar Jerusalem si scorge;
ecco de mille voce unitamente
Jerusalem salutar si sente.

Tasso.

I.

LA MUJER FUERTE.

Hubo un tiempo que esa tierra
que bañan opuestos mares,
y en donde eternas respiran

las brisas primaverales,
pagaba largo tributo
de esclavitud y de sangre,
oprimida bajo el cetro
de los invasores árabes.
Mil veces oyó el ardiente
estrépito del combate;
la fuerte espada del héroe,
de los Sanchos, los Gonzalez,
de los osados Ramiros,
de los ilustres Guzmanes,
mil veces tambien quebróse
en los moriscos adarves,
porque ¡ay! para verse libre
quiso Dios que no bastase,
ni lo santo de la empresa
ni la derramada sangre.
Castilla entonces veia
con muda pena eclipsarse
el astro de Enrique cuarto;
y aquellos fieros magnates
que llevan al pié del trono
sus ciegas rivalidades
y asaltan villas y pueblos
sin ley que su paso ataje,
aquella milicia indómita
que de batallar cansándose
puebla caminos y sendas
de bandoleros infames;
aquellos revueltos bandos,
luchas civiles, parciales,
torpe envidia en los pequeños,
ruin ambicion en los grandes,
retardan la hora bendita
que quizá à la patria salve.
Muere por fin don Enrique
rendido, más sin combate,
y heredera de su trono
sube al trono de sus padres
una mujer—quién diria!
ese sér débil, cobarde,
es como el piloto experto
¡oh destino inescrutable!
la gracia vence à la fuerza,
la mujer al hombre inhábil.
Ella calma los enconos,
llora en los patrios desastres
pero aun frente à la desdicha
su espíritu no se abate.
Congrega y llama à su lado
la virtud que oscura nace,
el génio que vive oculto,
el valor noble y constante,
y esposa y reina dà ejemplo
à los reyes y à los grandes.
Su nombre Isabel, su empresa
por demás digna y gigante,
y halla en su esposo Fernando
noble pecho, suerte fácil,
y corazon que comprende
sus generosos arranques.
Mi pobre pluma no puede
numerar en este instante
sus glorias, mas ella misma
que los altos hechos sabe,
os dirà cómo Castilla
con nueva vida renace,
como sus bravos peones
vencen en Málaga y Guadix,
como la musa recobra
sus alas para elevarse,
y encuentra en Villena y Haro
voz y acentos inmortales;
y como à su vez la ciencia

sus templos augustos abre,
y Pulgar, Montalvo, Ayora,
y el gran Vallés y Fernández,
para su perpetuo culto
el fuego sagrado traen.
Pero esto no basta, aquel
corazon hermoso y grande
no con los presentes triunfos
su aspiración satisface.
Hay una tierra bendita,
y es ya mengua la profane
de un pueblo de torpes vicios
el fanatismo espirante.
Granada! las Alpujarras!
Motril y Dalia y los cármenes —
donde el Genil se adornece,
ven por fin aproximarse
los castellanos peones,
los vencedores de Guadix.
Ebrio de furor el moro
apercíbese al combate,
recordando de Ajarquía
su triunfo valioso y fácil,
y otra vez terribles huestes
la fértil llanura invaden
de esa tierra, y de esas costas
que bañan opuestos mares,
y en donde eternas respiran
las brisas primaverales.

José M. MATHEU.

(Se continuará.)

COMUNICADO.

De nuestro colaborador y amigo el ilustrado joven Sr. Herranz, hemos recibido el que á continuación publicamos:

Sr. Director de la REVISTA DE ARAGON.

Amigo y compañero: Aunque de detalle para el Sr. Blasco, impórtame y debo rectificar un error cometido por este infatigable escritor en la especie de Biografía del malogrado Sr. Borao que publica en la acreditada Revista de su digna dirección.

La sesion celebrada (1) en honor del insigne poeta D. José Zorrilla, y en la que como Presidente honorario pronunció D. Jerónimo Borao uno de sus más correctos y acabados discursos, no fué—como D. Cosme asegura—dada por los escritores aragoneses, sino por la *Academia Filológica-Literaria* de la que en aquella época era presidente el docto catedrático D. José Puente y Villanúa y secretario S. S. S.

CLEMENTE HERRANZ Y LAIN.

Zaragoza 18 de Febrero de 1879.

LIBROS REMITIDOS A ESTA REDACCION.

CUADROS VIEJOS. *Coleccion de pinceladas, toques y esbozos, representando costumbres españolas del siglo XVII*, por JULIO MONREAL.—Madrid, 1878.—Un tomo en 8.º mayor frances XII—482 páj.—Precio, 4 pesetas.

Alta empresa es, sin duda, la de historiar los grandes hechos de las naciones, pero no es menos meritoria la de escribir sobre sus costumbres, públicas y privadas. «Si, por siempre, dice el Sr. Monreal, estuvieron los griegos en Troya y las Termópilas, ni los romanos en Zama y en Actium, ni los españoles en Ostende y Breda, no será tarea comple-

tamente ociosa averiguar cómo vivían en los pasados tiempos, y estudiar las costumbres familiares y privadas que se depreciaron como cosa menuda de los historiadores, atentos solo á las políticas y militares.» Conocedor, como pocos, el Sr. Monreal de la literatura riquísima y brillante de nuestro siglo de oro, el XVII, se ha fijado en él para evocar la pléyade inmensa de variadísimos tipos que en aquella sazón prestaban singular aspecto y vivos colores á las costumbres españolas.

Dos maneras hay de pintar estas, y ambas han sido ejercitadas en España por manos hábiles á maravilla en tan difícil empresa: uno de esos modos es el descubrir costumbres á ojos vistas, copiando cosas y personas del natural y aderezándolas con la sal del ingenio y la pimienta de filosófica intención. Larra, Mesonero Romanos, Estébanez Calderon y otros más modernos han sido maestros de este género literario. El otro modo de escribir la historia nacional en sus manifestaciones domésticas y callejeras permitáse nos esta frase—es la de apuntar hechos, recoger noticias, entresacar datos de aquí y de allí, acumular, en fin, materiales y elementos, y áun veces construir con ellos el armazon de escenas y episodios, probando en esta parte de trabajos los que los han emprendido más erudicion y dominio del estudio que otras prendas naturales y espontáneas del ingenio, por lo cual suelen sus artificiosas e impositivas adolecer de cierta frialdad y falta de frescura que las despoja del encanto y verdad que han menester los cuadros de costumbres.—A este último sistema habia de acudir forzosamente el Sr. Monreal, dado que ya no quedan en los contemporáneos usos sino algun raro vestigio de los de pasados tiempos, pero los inconvenientes y desventajas de describir cosas y personas sueltas y desahabadas referencias, los ha salvado el Sr. Monreal con tal acierto, que logra revestir sus narraciones todas de la seductora amenidad y fácil manera que resaltan en las descripciones más auténticas y personales.

En el libro del Sr. Monreal se alian por armónico maridaje la más copiosa erudicion y el más exquisito gusto, la multitud de datos que acumulan paciencia y estudio y la muchedumbre de galas que engendran primoroso estilo y lozana imaginación.

Los asuntos varios que sirven de tema á esta obra, están tan discretamente elegidos que dan, en conjunto, idea general y amplia de los más característicos y singulares rasgos de aquella sociedad, y ofrecen, en detalle, noticias interesantísimas y curiosas, no ya para todos los que gustan de estas narraciones instructivas al par que deliciosas, pero áun de gran valer para las que ocupamos el tiempo y la aficion en estudios literarios; de tal suerte ha sabido autorizar el Sr. Monreal sus sazonados relatos con sendas citas y abundantes notas, si producto aquellos de su fresca fantasía, modelo éstas de extremada diligencia en buscar y rebuscar noticias.

Doce son los capítulos del precioso libro de D. Julio Monreal. Ya que no dar sucinta idea de cada uno de ellos, por lo mucho que semejante empeño nos ocuparía, diremos por lo menos sus títulos para avivar el apetito de las personas que todavía no conocen los *Cuadros Viejos*. He los aquí: *Una pica en Flandes*, bosquejo curiosísimo de cosas militares; *Los bailes de antaño*; *Ruar el coche*; *La ocupacion de un caballero*; *Mercedes y Señorías*, capítulo de cargos contra la vanidad de nuestros antepasados; *El día del Corpus y sus autos sacramentales*; *A estudiar á Salamanca*; *Un día de visitas*; *Entre bobos anda el juego*, excelente cuadro de costumbres tahurescas; *Una academia*, el mejor acaso del libro desde el punto de vista literario; *D. Rodrigo en la horea*, notable también como estudio histórico con ocasion de describir la trágica muerte del marqués de Siete-Iglesias; y por fin y remate, *Una fiesta de toros*, asunto que aun seduce y lleva tras de sí la atencion de los españoles del siglo XIX.

Esos son los cuadros que el Sr. Monreal, nuestro querido amigo y paisano, ha compuesto con no menos firmeza y seguridad en el dibujo que brillantez y variedad en el color, despues de consultar para ello el archivo fecundo é inagotable que le ha ofrecido nuestro teatro sin rival, nes tras novelas picarescas y ejemplares, nuestros tratados moralistas y hasta los avisos manuscritos que los curiosos de la época recopilaban para salvar del olvido multitud de noticias que hoy se acogen á las columnas de la prensa periódica. ¿Será esta el primero y último tomo con que el señor Monreal nos regale á los que padecemos hambre y sed de obras buenas y bellas?

Al dirigir la palabra al público en su prólogo, dice el joven y distinguido escritor: «Fatigosa es la labor, y así llega la mía á tus manos, falta de todo primor, y además en pocos puntos tratada. Para mejorar lo primero confieso carecer de ingenio; para estenderme en lo segundo algunos materiales tengo allegados, pero me falta aliento para coordinarlos, mientras no se sepa si tú, lector, que en tales juicios eres tribunal único y sin apelacion, dictarás fallo que me sea adverso ó favorable.» Este no puede menos de ser favorabilísimo y por todo extremo satisfactorio para el señor Monreal. Por nuestra parte, no ya fallo de ningún genero, sino aplausos y encomios *ex abundantia cordis* es lo que dedicamos á nuestro estimable compatriota, demás de tomar acta de su promesa y suplicarle que no eche sus loables propósitos en saco roto.

En cuanto al público, solo quisiéramos que, en desagravio de la cultura literaria y en premio de verdadero mérito, cada uno de los espectadores que acudieron á las representaciones de *La Gran Duquesa de Gerolstein*, obra traducida por el Sr. Monreal, acudiese ahora á las librerías y comprase un ejemplar de los *Cuadros Viejos*, ¡Cielos, y qué pronto se agotaría la edicion!—M. DE C.

Zaragoza: Imp. y lib. de J. Sanz, Alfonso 1.º, 20.

(1) El 20 de Abril de 1870 en el Paraninfo de la Universidad ó *Salon de aperturas* como el Sr. Blasco le llama.